

Ari Rasilainen y el arte de cambiar de oído

JUAN ANTONIO MUÑOZ H.

Hay algo poco habitual y estimulante en el programa escogido por Ari Rasilainen para su primer concierto como director titular nombrado de la Orquesta Sinfónica Nacional de Chile. Borodin, Rautavaara y Elgar proponen un viaje que va mucho más allá de la geografía: de la Rusia legendaria al paisaje ártico finlandés y de allí al Mediterráneo visto por un compositor inglés. Es también, acaso, una primera señal de lo que puede esperarse del repertorio en los años que vienen.

La Segunda Sinfonía de Borodin encontró en Rasilainen una interpretación de alto dominio estilístico. No sorprende: el

director ha grabado esta obra y conoce bien su arquitectura. Hubo fuerza y amplitud en los *tutti*, pero la interpretación no se construyó desde allí. Importaron tanto o más los silencios, los finales de frase, las respiraciones y las transiciones entre planos orquestales. El *scherzo*, marcado *prestissimo*, planteó una exigencia particular de precisión y ligereza, resuelta con energía y claridad. El *andante* desplegó una cantabilidad contenida antes del carácter festivo del final.

La verdadera singularidad del programa fue, sin embargo, "Cantus arcticus", de Einojuhani Rautavaara. Sus grabaciones de cantos de aves, integradas a la orquesta, forman parte de una escritura extraordinariamente

fina y delicada. Rasilainen la convirtió en una experiencia atmosférica, cristalina, de belleza sutil, donde los sonidos parecen surgir de una distancia imprecisa. Especialmente logrado fue el cuidado de los planos y de los silencios: la orquesta no invade el paisaje, sino que parece habitarlo. El último movimiento, con el vuelo de los cisnes, alcanzó una intensidad nacida de la acumulación.

"En el sur (Alassio)", de Edward Elgar, fue otro descubrimiento. Obra menos frecuentada que otras páginas del compositor, posee una combinación muy única de elegancia británica y espíritu italiano, y una exuberancia orquestal que por momentos hace pensar en los poemas



MACARENA PÉREZ

Ari Rasilainen es el nuevo director de la Orquesta Sinfónica.

sinfónicos de Richard Strauss. Rasilainen supo recorrer esa amplitud sin perder transparen-

cia. Destacaron las bellas líneas destinadas a la viola solista (Boyka Gotcheva, muy aplaudida) y el exigente trabajo del concertino Alberto Dourthé.

En cierto modo, el programa fue también un pequeño examen de dirección. Borodin exige controlar la masa y la energía; Rautavaara, el espacio y el silencio; Elgar, el color y el gran arco. Y hay una dificultad adicional: cambiar de oído. Rasilainen mostró que puede hacerlo sin perder la unidad de la orquesta, modificando su respiración, su densidad y su color según las exigencias de cada lenguaje.

Cabe destacar que entre los asistentes estuvo el ministro de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, Francisco Undurraga.